

PARACOSMOS
El Hacedor de Sombras

© Maxi Miucci – Muestra gratuita

Maxi Miucci

PARACOSMOS

EL HACEDOR DE SOMBRAS

© 2025 Maxi Miucci

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Queda prohibida su reproducción total o parcial, su distribución o comunicación pública sin autorización expresa del autor.

Esta muestra gratuita se ofrece exclusivamente con fines de difusión, lectura personal y promoción del libro *Paracosmos: El Hacedor de Sombras*.

Si te ha gustado, considera apoyar al autor en su publicación completa.

www.paracosmosworld.com

Capítulo 1

Sombras al fondo

Max estaba sentado ante la mesa redonda de la cocina, haciendo girar el tenedor entre los dedos mientras el calor del exterior se colaba por la ventana entreabierta, sofocante y húmedo, como si el verano hubiera decidido instalarse en cada rincón de la casa. La luz del sol matinal se filtraba con fuerza, llenando la cocina de un resplandor abrasador que parecía magnificar la tensión en el ambiente. Frente a él, sus padres hablaban en voz baja, con un murmullo pesado y denso que él trataba de ignorar. El sonido de la cuchara de su hermano pequeño golpeando el plato añadía un ritmo molesto a la escena, como si cada tintineo metálico reforzara la presión que flotaba en el aire.

A su derecha, su hermano, encaramado en una silla alta sobre un cojín, parecía ajeno a la tensión. Sus risas infantiles y el golpeteo constante de la cuchara contrastaban con el silencio incómodo que envolvía a sus padres. Max intentó concentrarse en su desayuno, pero cada bocado le sabía a ceniza. La mirada de su padre, Pascal, era como un peso que lo aplastaba. Hombre de hombros anchos y gesto severo, Pascal contemplaba su taza de café con el ceño fruncido, los pocos cabellos que le quedaban peinados hacia los lados de su cabeza casi calva. Sus ojos verdes, oscurecidos por la irritación, parecían clavarse en la superficie de la mesa, como si buscaran respuestas en la madera gastada.

Julia, su madre, intentaba mantener la calma. Su cabello oscuro y rizado enmarcaba un rostro cansado, surcado por líneas de preocupación. Max percibía la distancia entre ellos, un vacío cargado de sentimientos que no alcanzaba a comprender, pero que se le hacía cada vez más insoportable. Cada palabra susurrada, cada mirada esquiva, añadía una capa más a la pesadez que sentía en el pecho.

De pronto, la voz de su padre se elevó, rompiendo la tranquilidad con un tono firme y molesto.

—No es tan complicado, Julia. Te lo he dicho mil veces, ¿por qué no lo entiendes?

Max, incómodo, evitó mirarlo. La incomodidad se convirtió en un nudo en el estómago, de modo que se levantó con cuidado, deseando escapar antes de que la situación empeorara. Sin embargo, justo en el instante en que empujó la silla para apartarse de la mesa, su padre golpeó el tablero con el puño, sin llegar a alzar la mirada hacia él.

—¡Vuelve a sentarte, Max! —retumbó la voz de su padre en la cocina.

En ese instante, todo se detuvo. Los gestos de su padre quedaron congelados, con los labios a medio pronunciar una palabra. Su madre, la mano suspendida en el aire a medio camino de la encimera permanecía inmóvil. Incluso su hermano, con el brazo en alto, se quedó petrificado en el acto de golpear la cuchara contra el plato. El tiempo se había detenido, y Max sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

Fue entonces cuando distinguió algo al fondo del salón. Entrecerró los ojos. En la penumbra de la pared, una sombra densa y oscura empezó a tomar forma: difusa, sin contornos definidos, como si absorbiera la escasa luz del lugar. Max contuvo el aliento. Solo se veían dos puntos brillantes —unos ojos de un plateado extraño— fijos en él, atravesándolo con una intensidad que parecía traspasar cualquier barrera física, como si aquella mirada proviniese de un sitio mucho más profundo que un simple rincón oscuro.

Quiso moverse, pero sus músculos no respondían. Estaba paralizado. En aquella presencia había algo abrumador, sofocante; y aunque no emitía sonido alguno, percibía un susurro silencioso que parecía surgir de una oscuridad desconocida. Quiso gritar, pero

la garganta era una caja vacía, muda; sus brazos y piernas no respondían, y el corazón le latía con más y más fuerza.

De repente, el silencio se rasgó. La cocina recobró la vida. Pascal gritó con rabia, intentando agarrar a Max por encima de la mesa. Sobresaltado, Max se echó hacia atrás. Sin pensarlo, recogió la mochila y salió disparado por el patio trasero. A sus espaldas, el llanto de su hermano y la voz airada de su padre se confundían con el crujido de las ramas bajo sus pies.

—¡Max, regresa aquí ahora mismo!

El grito lo impulsó a correr más rápido. El calor veraniego lo envolvía mientras atravesaba el pequeño arroyo que separaba el jardín trasero del extenso campo. Sin atreverse a mirar atrás, avanzó con una presión en el pecho que le borraba el aliento, como si corriera con piedras atadas a las costillas. A medida que se alejaba, la luz ardiente de la mañana se difuminaba en su mente, y, extenuado, se dejó caer sobre la hierba. Respiraba con dificultad, temblando, y las lágrimas le resbalaban sin ruido por las mejillas. Durante unos segundos, el entorno pareció sumirse en un silencio denso; sin embargo, aquella quietud pronto se transformó.

El aire cálido se enfrió de repente, y una niebla espesa empezó a cubrir el campo, reptando desde el suelo y envolviéndolo todo en cuestión de segundos. Los árboles y los colores familiares del paisaje quedaron sepultados bajo esa bruma, y entonces Max sintió algo que, al principio, le resultó inquietantemente conocido: una presencia.

Entre la neblina, percibió la misma forma oscura que había visto en la cocina. Esta vez, no obstante, la sombra presentaba límites un poco más definidos, con una silueta esbelta y alargada. Sus ojos plateados emergieron de nuevo, brillando con un vigor hipnótico que lo inmovilizaba. Max sentía una mezcla de pavor y extraña familiaridad, como si aquella presencia buscara algo más que simplemente asustarlo.

No tuvo tiempo de asimilarlo porque, detrás de esa figura alta y delgada, se alzó un gigante descomunal. Abrió la boca y, con un rugido gutural, lanzó un rayo de luz naranja oscuro. La sombra reaccionó levantando su mano con calma y, de la palma, surgió un destello turquesa claro con una mezcla de naranja rojizo, afilado como una hoja. Ambos rayos se encontraron en medio de la niebla, iluminándola con un brillo irreal, distorsionando la escena como si un velo denso impidiera captar todos los detalles.

Observó, completamente paralizado, sin poder apartar la vista. Su mente no alcanzaba a procesar lo que veían sus ojos, y parte de él se preguntaba si estaba perdiendo la cabeza.

—¡Max! —gritó una voz conocida a su espalda.

El hechizo se quebró. La niebla se desvaneció tan rápido como había aparecido, y el sofocante calor veraniego volvió a envolverlo. Al girarse, se topó con Leo, que corría hacia él con rostro preocupado.

—¿Qué te pasa, Max? Saliste de tu casa como si tuvieras al mismísimo diablo pisándote los talones —dijo Leo, jadeando.

—¿Has visto eso? —preguntó Max, con la voz temblorosa.

Leo frunció el ceño y miró alrededor, sin entender.

—¿El qué?

Max dudó. No sabía si contarle lo que había ocurrido o callárselo.

—Nada... da igual —respondió finalmente, bajando la mirada.

Leo lo observó un instante, preocupado, pero no insistió.

—He construido algo que quiero enseñarte —dijo de pronto con entusiasmo—. Está en el arroyo, cerca del puente viejo.

Max forzó una leve sonrisa. Agradeció la habilidad de su amigo para convertir cualquier suceso en una aventura, aunque en su interior se agitaba un torbellino. ¿Qué

había sido todo aquello? Mientras Leo hablaba sin parar y gesticulaba explicando sus inventos, Max asentía de vez en cuando, intentando aferrarse a una normalidad que parecía escapársele.

¿Contárselo? No... pensará que estoy loco. Sacudió la cabeza con el afán de despejarla y se concentró en la charla sobre la construcción de Leo, buscando en ese momento un refugio de calma.

Caminaron juntos hasta el arroyo y, durante el trayecto, el ambiente se relajó. Leo, eufórico, describía cada detalle de su obra. Max escuchaba en silencio, agradecido por esa aparente cotidianidad.

Al llegar, encontró lo que Leo definía como “puente”: un armatoste tambaleante de tablas y cuerdas que atravesaba el arroyo de agua cristalina.

—No es la estructura más segura, pero se mantiene —bromeó Leo—. ¿Te atreves a cruzar?

Max esbozó una sonrisa un poco más franca.

—Claro que sí —contestó, dando un paso hacia el puente.

Max comenzó a cruzar el puente, con cada paso sintiendo cómo las tablas crujían bajo sus pies. El viento jugueteaba con las cuerdas, balanceando la estructura de un lado a otro. De pronto, al mirar el reflejo en el agua, algo llamó su atención —unos ojos de un plateado extraño— lo observaban desde las profundidades, brillando con una intensidad inquietante. Un golpe de adrenalina le recorrió el cuerpo, y en un intento por retroceder, su pie resbaló.

—¡Max! —Leo se lanzó a sujetarlo por el brazo.

Max, con un salto sobre un bidón a punto de desprenderse, logró ponerse a salvo en la orilla.

—¡Menudo susto!

El corazón de Max aún palpitaba con fuerza. Soltó una risa nerviosa al igual que su amigo.

Leo sacudió la cabeza, aliviado, y luego se agachó para ayudarlo a incorporarse.

—Ya decía yo que naciste para el circo.

Max se forzó a sonreír, pero su mirada seguía buscando en el agua una respuesta que no llegaba. ¿Había visto realmente esos ojos en el agua... o todo había sido producto de su imaginación?

—Creo que necesito practicar más mi equilibrio —murmuró, intentando desviar la atención.

Leo se echó a reír, y con la tensión disipada, decidieron marcharse. Mientras caminaban, Leo no dejaba de hablar de sus planes y proyectos, y Max fingía prestarle atención, esforzándose por alejar los pensamientos que le asaltaban.

Para tomar el autobús, atravesaron el barrio, un vecindario humilde y bullicioso donde las fachadas gastadas convivían con la esperanza de sus habitantes. Las aceras, deterioradas por el paso de los años y de los niños corriendo, estaban flanqueadas por árboles de frondosas copas que aliviaban aquel verano.

—Oye, Max —dijo Leo en voz más baja—. ¿Todo bien en casa?

La pregunta lo sorprendió. Desvió la mirada y se encogió de hombros.

—Lo de siempre —respondió, sin querer dar detalles y acomodándose la mochila.

Leo lo observó con un asentimiento lento.

—Si necesitas hablar...

—Lo sé. Gracias —respondió pintando una leve sonrisa en su cara.

Subieron al autobús, sentándose junto a la ventana para ver cómo el vecindario se iba difuminando. Max no soltó palabra. Al llegar al colegio, se sumergieron en el barullo de estudiantes. Los gritos, risas y conversaciones se mezclaban en un ambiente caótico

pero familiar. A medida que avanzaba por los pasillos, sentía cómo la rutina escolar se apoderaba de él. Las clases pasaban y los profesores se turnaban, pero Max no podía concentrarse. Sus pensamientos viajaban una y otra vez a los sucesos de aquella mañana.

En el recreo, Max fue directo a la pista de balonmano, su deporte favorito. Era un lugar que le traía buenos recuerdos y donde se sentía seguro. Sin embargo, cuando llegó, se dio cuenta de que no había nadie. Un silencio inquietante envolvía el lugar, como si el mundo exterior hubiera desaparecido. Dio unos pasos cautelosos; el eco de sus pisadas resonaban en el vacío, amplificando la sensación de soledad.

Intentó convencerse de que solo se trataba de su imaginación, pero el aire se sentía denso, cargado de una presencia latente. Se detuvo al oír un leve murmullo, como un susurro que parecía llamarlo por su nombre. Miró a su alrededor, pero no encontró a nadie.

Entonces, delante de él, reapareció aquella figura alargada, más nítida esta vez. Los mismos ojos plateados. Parecía no pertenecer a este mundo, y su silueta oscilaba como una imagen distorsionada. Max notó cómo se le aceleraba la respiración. Estaba atrapado entre la curiosidad y el miedo.

—¿Qué eres? —susurró, con apenas un hilo de voz.

La figura no respondió. Siguió mirándolo con una intensidad hipnótica. Una ráfaga de viento le obligó a cerrar los ojos un instante. Cuando los abrió, la figura estaba mucho más cerca. Max retrocedió, tropezó y cayó de espaldas. Al abrir los ojos de nuevo, vio cómo la figura se inclinaba hacia él, extendiendo una mano.

Entonces reparó en que era un hombre alto, de piel pálida y cabellos entrecanos, con los mismos ojos plateados. Su rostro mostraba rasgos maduros, una expresión mezcla de severidad y familiaridad.

Su voz era suave, pero transmitía autoridad.

—Me llamo Alec.

Max lo miró, confuso y alterado.

—¿Quién eres? —balbuceó, con el corazón desbocado.

Alec le tendió la mano para ayudarlo a levantarse. Max, algo receloso, la aceptó al fin y se puso en pie.

—Soy... algo más de lo que imaginas —respondió Alec, sin apartar la mirada de él—. Pero ya lo irás descubriendo. Por ahora, solo debes saber que no estás solo en todo esto.

—¿A qué te refieres con “todo esto”? —replicó Max, esforzándose por sonar seguro.

Alec guardó silencio unos segundos.

—Eso que has estado viendo, lo que sientes... no es casualidad. Tienes un don, y he venido para ayudarte a comprenderlo —explicó, escudriñando el lugar con la vista, como si temiese ser escuchado—. Nos veremos esta tarde, donde me has visto esta mañana por primera vez. Hay muchas cosas que debes saber.

Antes de que Max pudiera responder, el timbre del colegio retumbó y Alec miró en dirección al edificio.

—Ve. No te preocupes, pronto todo tendrá sentido. Recuerda, esta tarde en el campo.

En un abrir y cerrar de ojos, Alec se desvaneció como una sombra entre la bruma. Max, atónito, tardó unos segundos en reaccionar antes de correr de vuelta a clase, con la mente llena de preguntas sin respuestas.

Max se sentó en su pupitre con la respiración agitada. El profesor le dedicó una mirada desaprobatoria, pero no dijo nada. Max desplegó su cuaderno, intentando centrarse en la lección, aunque le resultó imposible. Estaba demasiado abrumado para

prestar atención. Las imágenes de la sombra, los ojos plateados y la aparición de Alec se repetían en su mente como un bucle interminable.

Al pasar las páginas, una pequeña nota se deslizó y cayó sobre su mesa. Max la cogió con cuidado, como si temiera que pudiera desaparecer entre sus dedos. Al abrirla, leyó un único mensaje en caligrafía temblorosa: “*Tienes que ir*”.

Volvió la cabeza en busca de quien pudiera haberla puesto, pero sus compañeros parecían ajenos a la situación. De repente, sintió un leve golpe en el hombro y una voz surgió a su lado.

—¿Hay algo que quieras contar?

Era Nora, una compañera que siempre estaba al tanto de los cotilleos. Sus ojos brillaban de curiosidad, como si supiera más de lo que aparentaba. Max detectó por el rabillo del ojo que, desde otra fila, Ha-eun (하은), la alumna de intercambio, lo observaba. Al cruzar miradas, ella esbozó una sonrisa nerviosa antes de esconderse tras su libro.

Nora aprovechó la distracción e intentó arrebatarse la nota.

—¿Qué pone? —preguntó, acercándose con cierto descaro—. Venga, no eres el único que recibe mensajes raros.

Max la miró con recelo y guardó la nota en el bolsillo. Nora se cruzó de brazos, molesta, pero no insistió. Sin embargo, Max notó que su mirada seguía clavada en él, como si intentara descifrar un enigma.

Un poco más tarde, el timbre sonó, marcando el final de la clase. Max se levantó rápidamente de su asiento, ignorando las miradas inquisitivas de Nora, que lo seguía como un depredador al acecho. Sin pensárselo dos veces, se dirigió al pasillo en busca de Ha-eun.

Sabía que el idioma era una barrera para ella, y aquello añadía un toque de nerviosismo a cualquier conversación. La había escuchado varias veces forcejear con las palabras en clase, y ahora, más que nunca, se preguntaba cómo le explicaría todo lo ocurrido. Aun así, estaba decidido a desentrañar el misterio de la nota.

No tardó en encontrarla, caminando tranquilamente hacia su próxima clase. Antes de que pudiera decir nada, Ha-eun lo vio y le dedicó una mirada apresurada.

—Te diré más tarde —le dijo, esforzándose por pronunciar con claridad. Sus palabras, aunque entrecortadas, resultaron comprensibles—. Después de clases, te estaré esperando en la biblioteca.

Max asintió mientras Ha-eun se alejaba sin añadir más explicaciones. No había tiempo para insistir. El timbre volvió a sonar, y ella desapareció entre la multitud de alumnos que se dirigían a sus aulas. Algo llamó la atención de Max: Nora, a cierta distancia, observaba a Ha-eun en silencio, con el ceño fruncido.

Max sabía que tendría que acudir a su siguiente clase y que no volvería a coincidir con Ha-eun hasta el final del día. No le quedaba otra que esperar, aunque la curiosidad y los nervios lo mantuvieran inquieto. Las horas pasaron con lentitud, y cada minuto parecía infinito. Aunque trataba de prestar atención a los profesores, en su mente solo rondaban Alec, la nota misteriosa y la actitud extraña de Ha-eun. De vez en cuando, miraba de reojo la puerta del aula, esperando que algo inusual sucediera, pero todo seguía su curso habitual en el colegio.

Por fin, el último timbre resonó por los pasillos. Max, sin perder un segundo, recogió sus cosas y salió disparado hacia la biblioteca, con la mente desbordada de preguntas. “¿Qué significaba aquella nota? ¿Qué quería contarle Ha-eun? ¿Y quién era realmente Alec?”

Llegó a la biblioteca con el corazón palpitante. Sus ojos recorrieron veloces las mesas de estudio y las estanterías repletas de libros antiguos, pero Ha-eun no aparecía por

ningún lado. Se detuvo un instante, tratando de calmar la respiración y poner en orden sus ideas.

De pronto, escuchó el ruido de unos pasos corriendo al otro lado de la ventana. Al asomarse, vio a Nora persiguiendo a Ha-eun junto a otros compañeros de su curso. Max estuvo a punto de salir corriendo tras ellas, pero justo en el momento en que cruzaba la puerta, una voz lo frenó.

—¿Max? —Era la bibliotecaria, la señora Qom, una mujer regordeta cuyas gafas se balanceaban en la punta de la nariz. Tenía una mirada severa y cuidaba celosamente el orden de la biblioteca—. ¿Vienes a devolver los libros de geografía que llevas meses sin traer?

Max se quedó clavado en el sitio, sintiendo la tensión en el ambiente. Tenía a Ha-eun en apuros y a la bibliotecaria bloqueándole el paso. Forzó una sonrisa, intentando sonar convincente.

—Eh... no, señora Qom. Estoy... solo buscando algo, pero devolveré los libros pronto.

La bibliotecaria lo observó con desconfianza, aunque finalmente lo dejó marchar, advirtiéndole sobre las multas por demora en las devoluciones. Max salió a toda prisa, pero ya era demasiado tarde. Ha-eun y Nora se habían esfumado entre la multitud de estudiantes. Había perdido la ocasión de intervenir.

Con un suspiro pesado, Max caminó lentamente hacia el autobús. Las ideas giraban dentro de su cabeza como mosquitos atrapados entre las paredes de un frasco, cada una girando en torno a los sucesos del día, ¿Qué significaba todo aquello? El trayecto de regreso a casa se le antojó todavía más largo, alimentando su ansiedad.

Ya en su barrio, Max decidió dejar de resistirse a lo que sentía y confiar en su instinto. Aunque no comprendía del todo lo que estaba pasando, un impulso interior le gritaba que siguiera investigando.

El cielo se pintaba de tonos anaranjados y violetas, anunciando el fin de la tarde. Las calles del vecindario seguían tranquilas, solo alteradas por el sonido lejano de algún coche y el canto ocasional de los pájaros. Max se encaminó con determinación hacia el campo donde Alec había quedado en verse con él. Cada zancada lo adentraba más en lo desconocido, y estaba seguro de que nada lo detendría.

Durante el recorrido, recordaba una y otra vez las escenas con Ha-eun y Nora. ¿Por qué la perseguía Nora? ¿Cómo encajaba eso con la nota hallada en su cuaderno? Sentía que ambos hechos estaban vinculados de alguna forma, aunque no terminaba de vislumbrar el porqué.

Fue entonces cuando vio extenderse delante de él el mismo campo en el que apareciera Alec horas antes. El lugar estaba envuelto en una bruma suave que se deslizaba sobre el terreno como un manto etéreo. A medida que avanzaba, la niebla se fue espesando, envolviéndolo todo en un velo de misterio.

—¿Alec, estás ahí? —preguntó en voz alta, conteniendo un leve temblor en la voz.

Solo el susurro del viento le respondió, pero la bruma siguió cerrándose a su alrededor. Max dio un par de pasos más, con el corazón batiendo con fuerza. Le parecía que el campo había quedado atrás y que, de algún modo, se encontraba en un espacio distinto.

—Sabía que vendrías —murmuró una voz en la penumbra.

Max se giró en todas direcciones, intentando localizar el origen.

Notó cómo la niebla subía hasta sus rodillas.

—¿Dónde estás?

—A veces, tienes que mirar más allá de lo que se ve —respondió la voz, cercana y lejana a la vez.

—No entiendo... —susurró Max, adelantando la mano para abrirse paso entre la neblina—. ¿Por qué todo esto?

Una breve risa resonó en la bruma, seguida de un silencio que pareció alargarse varios segundos. Max dio otro paso, intrigado y asustado por igual. Entonces, la niebla comenzó a disiparse lentamente, como si alguien la apartara con un gesto invisible.

Ante sus ojos, Alec se materializó poco a poco, alto, con los ojos plateados y un porte casi majestuoso, vestido con un traje de tres piezas algo ajado y un abrigo largo con los bordes raídos. Su ropa desentonaba con el clima, como si viniera de otro tiempo, otro lugar.

—Lo que existe no siempre se ve a simple vista —dijo Alec con un tono que parecía atravesar la neblina.

Max se quedó petrificado. Todas las preguntas se agolpaban en su cabeza: los ojos que lo seguían, la aparición de Alec... Su respiración se desbocó, y notó un ligero temblor en las manos.

—¿Quién... eres? —logró preguntar, conteniendo el impulso de echar a correr.

Alec esbozó una sonrisa apenas perceptible.

—Alguien que lleva tiempo esperando. Y también alguien que puede darte respuestas. Aunque no todas llegan al mismo tiempo —mencionó, su voz tan suave como la brisa que los rodeaba.

Max comprendió de inmediato que aquel día ya había cruzado un umbral invisible. Las respuestas lo acechaban, cada vez más tangibles y a la vez más enigmáticas. Supo, en lo más hondo, que aquel era solo el principio de algo extraordinario.

© Maxi Miucci – Muestra gratuita

Capítulo 2

Eco interior

—¿Esperando a quién? —preguntó Max, con la voz apenas susurrante, como si temiera romper el hechizo del momento.

Alec inclinó la cabeza y lo miró con una expresión que mezclaba paciencia y cierta urgencia.

—Esperándote a ti, Max. Alguien que pueda ver más allá de lo ordinario, de la mera superficie de las cosas. No estamos aquí por casualidad.

Continuaba en un tono cuyas palabras parecían resonar como un eco en la niebla que los envolvía.

Max notó cómo el silencio lo rodeaba, como si el resto del mundo hubiera dejado de existir. Alec se alzaba frente a él y, por primera vez, Max percibió con claridad la serenidad de su rostro, la intensidad casi sobrenatural de sus ojos plateados y el cansancio grabado en cada arruga, como si fueran huellas de mil vidas.

Miró alrededor, buscando algo firme a lo que aferrarse, pero todo seguía cubierto por aquel gris impenetrable. Solo Alec parecía tangible.

—No lo entiendo... —admitió Max, con el corazón palpitándole con fuerza y la mente desbocada.

Alec dio un paso hacia él, y su voz adquirió un tono más bajo, casi confidencial:

—No necesitas comprenderlo todo ahora. El propósito de este encuentro es ayudarte a descubrir lo que llevas dentro. En ti hay mucho más de lo que imaginas. Pero primero, Max, debes aprender a mirar hacia adentro.

—¿Hacia adentro? —repitió Max, confuso—. ¿Qué significa eso?

Alec lo observó, con sus ojos brillando aún más al elegir las palabras:

—Lo que has visto y sentido no son coincidencias. Los traumas que arrastras, los dolores que ocultas... Todos esos trozos con los que te has roto constituyen, en realidad, el núcleo de tu poder.

Max frunció el ceño, su respiración se volvió más rápida.

—¿Por qué necesitaría mis traumas? ¿De qué sirven?

—Esas heridas no son solo heridas. Son puertas de acceso. Una llave que llamamos el Eco interior. Para averiguar quién eres en realidad y cuál es tu papel en todo esto, tienes que aprender a escuchar ese eco y a comprenderlo. Y para conseguirlo... debes sentirlo con toda tu intensidad.

Alec hizo un gesto para que Max se sentara en el suelo. Aunque receloso, Max se dejó caer sobre la hierba, notando la humedad bajo sus piernas cruzadas y preguntándose qué era aquel "Eco interior". Alec se agachó junto a él y bajó la voz aún más.

—Te enseñaré una técnica, Max... Es una manera de conectar con las partes más profundas de tu ser. Piensa en esto como una forma de despertar tus memorias, tus emociones, y de vincularlas con algo superior.

Alec colocó una mano sobre su propio pecho, justo en el centro, e indicó a Max que hiciera lo mismo.

—Cierra los ojos —dijo Alec con suavidad—. Respira hondo y escucha tu respiración. Ahora, presiona ligeramente tu pecho con los dedos y comienza a dar pequeños toques rítmicos, como si estuvieras marcando el compás de tu propio corazón.

Max, aún algo escéptico, siguió sus instrucciones. Con cada ligero golpe, una mezcla confusa de sentimientos y recuerdos lo invadía, aunque ninguno se presentaba con nitidez. Solo percibía un remolino difuso de emociones que no lograba ordenar.

—Sigue respirando y golpea suavemente el pecho, como si fuera un pequeño tambor. Marca el ritmo. No temas lo que estás sintiendo, Max. Déjalo salir.

De pronto, imágenes comenzaron a surgir en su mente: retazos de recuerdos dolorosos. Vio el rostro de su padre, con los ojos desbordados de una furia inexplicable; recordó gritos y discusiones en casa, y cómo solía huir hacia un rincón donde se sintiera invisible, aunque las palabras persistieran en su cabeza. Los golpes en su pecho, ceñidos al ritmo impuesto por Alec, parecían desencadenar una serie de escenas intensas que Max había intentado sepultar.

Lágrimas brotaron de sus ojos mientras los recuerdos afloraban, cada uno golpeándole el corazón con una fuerza dolorosa. Rememoró las veces en que procuraba esconderse de la violencia, las ocasiones en que temía alzar la voz, ser oído. Apretó los párpados, intentando contener las lágrimas, pero las emociones lo sobrepasaban.

Alec, que lo observaba con compasión, guardó silencio para que Max pudiera sentir en plenitud. Sabía que Max debía enfrentar esos recuerdos, escuchar el eco de su propio dolor para descubrir de dónde emanaba su fortaleza.

—Deja que fluya, Max. No lo retengas. Siente todo, escucha el eco de tu interior.

Max, con las lágrimas rodándole por las mejillas, asintió sin fuerzas. A cada golpecito sobre su pecho, sentía cómo se liberaban esas emociones reprimidas, como si los ecos de su vida resonaran con una intensidad que lo abrumaba. Sintió el dolor de cada instante de miedo, cada vez que había deseado desvanecerse. Era como si los recuerdos se liberaran en un torrente, y por primera vez, Max se permitía dejarse llevar por ellos.

Poco a poco, el ritmo de sus golpes se hizo más pausado y cesaron sus lágrimas. Con los ojos aún cerrados, percibió una paz inesperada, un alivio que provenía de un lugar profundo. Parecía como si el dolor hubiera despejado un hueco para algo nuevo, algo que siempre había estado latente, aunque él no pudiera nombrarlo.

Alec apoyó una mano en su hombro, con un apretón leve y firme.

—Esto que has experimentado, Max, es solo el principio de algo grande. Tu dolor no te limita; al contrario, es lo que te conecta con este lugar que verás ante ti. Cuando aprendas a canalizarlo a través del Eco interior, descubrirás que la misma pena que creías una carga puede transformarse en la raíz de tu fuerza.

—No la reprimas —dijo Alec, clavando la mirada en Max con una intensidad capaz de atravesar la niebla.

En ese instante, una luz cegadora los envolvió, inundando aquel espacio gris con un fulgor que pareció traspasar la mente de Max.

—Y cuando logres dominar esa conexión, comprenderás que tu fragilidad y tu valentía se funden en un mismo poder.

Alec prosiguió con una voz que resonaba como un eco en medio de la quietud luminosa:

—Ahora, abre los ojos.

Max, aún sintiendo el rastro cálido de las lágrimas en sus mejillas y con el pecho henchido de emociones que apenas alcanzaba a nombrar, obedeció. Parpadeó, dándose cuenta de que el aire a su alrededor vibraba con una energía palpitante. Al abrir los ojos, contempló un paisaje que no podía describir con palabras, como si el mundo entero hubiera sido reinventado en colores desconocidos.

Alec se apartó a un lado, extendiendo un brazo en un gesto amplio. Sus palabras sonaron cargadas de un significado profundo y enigmático:

—Bienvenido al Paramundo —anunció Alec, como si le abriera las puertas a un paraíso oculto.

Max se incorporó despacio, las piernas aún temblorosas. A su alrededor se extendía un mundo que desafiaba todo lo que él creía conocer. El cielo, teñido de verdes

y turquesas, irradiaba una luz suave y envolvente que parecía surgir de todas partes y, a la vez, de ninguna, impregnando el ambiente de un resplandor apacible.

Cerca de él, árboles de troncos retorcidos se alzaban hacia el firmamento con formas elegantes y casi celestiales. Estas copas se entrelazaban, creando arcos naturales que convertían el bosque en una catedral viviente. Por entre las ramas y el follaje, se movían criaturas de colores vibrantes: un ciervo de pelaje verde jade avanzaba en silencio sobre la hierba mullida, mientras enormes mariposas de alas doradas revoloteaban aquí y allá, dejando tras de sí un delicado polvo brillante que flotaba en el aire, como si fuera luz hecha minúsculas motas.

Max inspiró profundamente, llenando sus pulmones con la fragancia de flores de pétalos enormes y tonalidades imposibles. En la distancia serpenteaba un río de aguas cristalinas, que reflejaba el cielo como un espejo profundo y cambiante. El sonido del agua se unía al canto profundo de aves de plumaje exótico, formando una sinfonía sublime que dejaba un eco suave y hondo flotando en el aire, cual susurro místico.

A su alrededor, pequeños seres de orejas puntiagudas y ojos luminosos se deslizaban por las ramas, con pelajes que cambiaban de color a cada paso. Criaturas cubiertas de escamas relucientes, parecidas a peces, flotaban a su alrededor, nadando en un océano invisible. Max extendió la mano y una mariposa de alas translúcidas planeó con suavidad hasta posarse en su palma. Al desplegar las alas, proyectó un diminuto arcoíris que iluminó sus dedos con una luz tenue y multicolor.

Max giró sobre sí mismo, embelesado por el espectáculo. Cada rincón del Paramundo vibraba con una vida antigua y latente, como si el propio aire estuviera cargado de secretos. Un poco más allá, aves de plumaje zafiro y esmeralda alzaron el vuelo, y sus cantos sonaron como campanas de cristal suspendidas en la brisa. Al mismo tiempo, el viento agitaba con suavidad las plantas que crecían junto al río, variando sus tonalidades en sincronía con el rumor del agua.

—Esto es... increíble —musitó Max, con los ojos muy abiertos y una sonrisa de asombro iluminándole el rostro.

De pronto, notó un leve peso en el hombro. Al volverse, descubrió un minúsculo colibrí de plumas lumínicas posado junto a él; sus ojos, brillantes y curiosos, lo examinaban con una inteligencia casi humana, como si compartiera en secreto la maravilla de aquel lugar. Max contempló su diminuto cuerpo y la vibración de su plumaje, consciente de que estaba viviendo una experiencia que cambiaría su vida para siempre.

Alec lo observaba con una mezcla de orgullo y sabiduría reflejada en sus ojos plateados, como si revelara un secreto cósmico:

—Este es solo el principio, Max.

—Aquí, todo lo que has sentido y vivido adquiere un propósito. Todo... tiene una razón.

Max inspiró hondo, invadido por una mezcla de temor y fascinación. Sabía que, fuera cual fuese la respuesta, su vida estaba a punto de transformarse de un modo que aún no lograba comprender.

—¿Dónde... dónde estamos? —preguntó en un murmullo, con la voz temblorosa.

—Estás contemplando un mundo que ha existido siempre —respondió Alec—, un mundo que pocos logran ver. El Paramundo coexiste en paralelo al mundo real, una realidad vinculada a las emociones y energías de quienes son capaces de penetrar en él. Tú, Max, has cruzado ese umbral.

—¿Cómo lo hice? —inquirió Max, esforzándose por traer a la memoria el proceso.

—A través del Eco interior —explicó Alec—. Cuando reconoces tus emociones más profundas, sobre todo aquellas que duelen o dejan una huella en el corazón, cada

herida, cada recuerdo, cada emoción intensa genera un eco en tu interior. Y ese eco es el que te permite acceder a este lugar.

Max asintió, aunque sin llegar a asimilarlo todo.

—Entonces, ¿mi dolor... es como una llave? —preguntó con cautela.

—Exactamente. Pero no consiste solo en padecer, sino en aceptar lo que sientes y aprender a canalizarlo. Esos ecos, al liberarse, te vinculan con el Paramundo —explicó Alec, abarcando el paisaje con un ademán—. Al abrir tu Eco interior, has despertado una energía que te conecta a este lugar. Aquí, el dolor se transforma en fortaleza, y las emociones dejan de ser meros sentimientos para convertirse en una fuente de poder que puedes emplear.

Alec guardó silencio unos segundos, mirando hacia el horizonte.

—Llevo tiempo observándote, esperando el momento indicado para ayudarte.

Max miró a Alec, notando cómo su mente empezaba a encajar ciertas piezas. Recordó aquellos ojos que lo seguían a todas partes.

—¿Eras tú? —preguntó, atando cabos—. Esos ojos que me seguían a todas partes. ¿Eras tú?

Alec asintió con serenidad.

—Sí, era yo. Sin el Eco interior, lo que ocurre en el Paramundo se percibe como algo distante, apenas sombras. Sólo algunos rastros de mi esencia lograban traspasar esa barrera. Mi intención era alcanzarte cuando estuvieras preparado, Max —añadió Alec, con una leve sombra de pesar —, pero sin la práctica adecuada, únicamente podía presentarme de ese modo, como una sombra vaga.

Una sensación de alivio invadió a Max al comprender el origen de esas apariciones que lo habían inquietado tanto. Estuvo a punto de contestar, pero entonces algo llamó su atención. Al volverse, distinguió el cuerpo de un enorme gigante de piedra. Sus brazos, gruesos y rugosos, presentaban capas de musgo y grietas profundas, como si el paso del tiempo lo hubiese devastado. Tenía los ojos vacíos y opacos, fijos en el cielo, y la boca, aún entreabierta, parecía congelada en un último alarido de desafío.

Max señaló al gigante, con la sorpresa reflejada en el rostro.

—¿Ese es...? —preguntó, incapaz de apartar la vista de la figura colosal tendida en el suelo.

Alec asintió, pero su expresión mostraba una gravedad que Max no le había visto hasta entonces.

—Sí. Lo que presenciaste esta mañana era real, aunque en tu mundo solo captaras fragmentos de la batalla. Lo extraño es que un gigante se acercara tanto a esta zona. Es una criatura del Paramundo y no debería haber aparecido aquí.

Max frunció el ceño, convencido de que había algo más detrás de las palabras de Alec.

—¿Entonces... por qué estaba aquí?

Alec soltó un leve suspiro, con la mirada cargada de preocupación.

—Eso es lo que intento descubrir. Han ocurrido señales y sucesos que parecen estar relacionados.

Max experimentó una curiosa mezcla de expectación y desconcierto. Sentía que algo muy por encima de su entendimiento se estaba desarrollando a su alrededor, envolviéndolo en un remolino del que no podía escapar.

—¿Entonces crees que... hay algo más? —inquirió, intentando captar la magnitud de la situación.

Alec asintió lentamente.

—Hay muchas preguntas sin respuesta, Max. No sé todavía por qué suceden estas cosas, ni qué las está provocando, pero estoy aquí para ayudarte a comprender. Lo que sí

sé es que los sucesos que has vivido hoy te han conducido hasta este lugar, al Paramundo. Y esto es solo el comienzo.

Max guardó silencio, sintiendo cómo las piezas empezaban a encajar de manera inquietante en su mente. Echó un vistazo al paisaje a su alrededor y se dio cuenta de que todo era mucho más grande de lo que jamás había imaginado.

—Entonces, ¿qué hago ahora? —preguntó al fin, con un tono teñido de incertidumbre, pero también de una determinación creciente.

Alec esbozó una leve sonrisa, aunque en sus ojos persistía el mismo halo de misterio que no estaba dispuesto a revelar por completo.

—Ahora, Max, ha llegado la hora de que regreses a casa —dijo Alec en un tono sereno pero firme—. Muy pronto nos volveremos a ver. Hay mucho más que debo mostrarte y aún más que necesitas aprender.

La niebla empezó a espesarse de nuevo, cubriéndolo todo con un manto suave y gris que hacía que el Paramundo se desdibujara, como un sueño que retrocedía. Max notó un leve tirón de la realidad que volvía a reclamarlo. Alec, preocupado por la creciente oscuridad, le colocó una mano sobre el hombro y lo miró con gesto de advertencia.

—Recuerda, Max: el camino apenas empieza. Nos veremos pronto.

Max sintió una punzada de emoción e incertidumbre. La niebla se cerraba cada vez más, y percibió cómo la figura de Alec se difuminaba en su interior.

Sus ojos plateados y enigmáticos fueron lo último que se desvaneció, y solo quedó un vago susurro.

Alec desapareció por completo entre la bruma.

Max permaneció inmóvil, contemplando el campo vacío mientras las sombras de la noche se extendían por el horizonte. Los tonos anaranjados y violetas del atardecer parecían agitarse en el firmamento, y una sensación de anticipación le oprimía el pecho. Su vida, sus miedos, todo cuanto había conocido hasta ese momento, se había transformado a raíz de aquel encuentro.

Mientras se alejaba, la suave brisa nocturna le acarició el rostro y, en su interior, crecía una determinación nueva. Había hallado un lugar, un propósito. Alec le había dado una pista de un destino que aún se ocultaba en las sombras.

El camino lo aguardaba, y Max se sentía listo para recorrerlo, aunque desconociera adónde lo conduciría.

Capítulo 3

Vientos de Revelación

Max despertó con una mezcla de desconcierto y una leve euforia que no acababa de comprender. Permaneció en la cama unos minutos, con la mirada fija en el techo, tratando de evocar cada detalle de la tarde anterior en el campo. Las imágenes de Alec, el gigante de piedra y el Paramundo eran tan nítidas que no sabía si aquello había sido un sueño o si, por el contrario, había ocurrido de verdad. Mientras se levantaba, una pregunta constante lo asaltaba:

¿Y si solo hubiera sido un espejismo, un producto de su imaginación?

Se dirigió a la cocina y comprobó que la casa estaba en calma. Su padre ya se había marchado al trabajo, y esa ausencia le producía un intenso alivio. Max preparó su desayuno en silencio, disfrutando de la tranquilidad matutina, y después se ocupó de calentar un biberón de leche para su hermano pequeño, Mateo, que aún dormía en la habitación, junto a su madre.

A medida que arreglaba el desayuno, le golpeaban una tras otra las preguntas sobre lo ocurrido. Recordaba lo que Alec había comentado acerca de su “Eco interior” y la forma en que parecía conocer todos los secretos más oscuros de Max. Sujetó con fuerza el mango de la sartén y trataba de comprender el significado de todo aquello. Un miedo sutil y frío le susurraba que quizá se había involucrado en algo mucho más grande de lo que podía manejar.

Con el biberón preparado, asomó la cabeza en la habitación y llamó con suavidad a su madre para que despertara y se llevara a Mateo al preescolar. Ella, aún medio dormida, asintió agradecida por la ayuda.

Al salir de casa para dirigirse a la parada del autobús, se giró para encontrar a Leo, su inseparable amigo. Leo lo saludó, ligeramente alterado.

—¡Max! Ayer estuve buscándote, pensé que me ayudarías a terminar el puente. Hasta me pasé por al campo a ver si te encontraba, pero... fue como si te hubieras esfumado.

Max levantó las cejas, algo confundido. Tenía el recuerdo muy vivo de haber estado en el campo con Alec. ¿Cómo era posible que Leo no lo hubiera visto?

—Estuve por allí, sí... —respondió con vacilación.

Esa duda germinaba en su mente y lo inquietaba: ¿cómo podía haber estado en el mismo sitio que Leo sin que su amigo se percatara? Empezó a sospechar que el Paramundo era un lugar secreto, invisible a ojos de quien no estuviera vinculado a él.

Leo lo miró de arriba a abajo, como si intentara descubrir algo en su expresión, y le dio una palmadita en el hombro con gesto amistoso.

—Bueno, me tenías preocupado —añadió, riendo un poco para rebajar la tensión—. Pero oye, cuando tengas un hueco, acuérdate de tu colega y del famoso puente.

Max sonrió, agradecido por la sensación de normalidad que Leo le transmitía, aunque este no fuera consciente de cuánto lo tranquilizaba. Era un ancla en medio de la vorágine de incertidumbre que ahora lo envolvía.

Al llegar al colegio, la rutina de siempre se puso en marcha, pero Max no lograba concentrarse. Su mente volvía una y otra vez a las preguntas sin respuesta y a las enigmáticas figuras del Paramundo. Durante el recreo, estaba absorto en sus pensamientos cuando alguien se le acercó. Al alzar la vista, vio a Ha-eun, que lo contemplaba con aire serio.

—Max... —dijo Ha-eun, escogiendo con cuidado cada palabra—. Tengo algo importante que contarte.

A Max le sorprendió la intensidad que raras veces había visto en ella. Sin embargo, el idioma dificultaba la conversación y le resultaba complicado captarlo todo. Aquella barrera lingüística hacía que el mensaje de Ha-eun fuera confuso y fragmentario, y él no podía entenderlo por completo.

Notando su confusión, Ha-eun se aproximó un poco más y levantó una mano, señalando sus propios labios con lentitud para llamar la atención de Max. Sus palabras eran pausadas y algo trabadas, pero estaban cargadas de una extraña fuerza, como si cada sílaba surgiera de un espacio entre los mundos.

—Mira... mis labios. Escucha... mis palabras.

Max frunció el entrecejo, intentando seguir aquella explicación mientras ella proseguía.

—Oídos y... corazón —añadió Ha-eun, tocándose la oreja y después el pecho, a la vez que Max la miraba, intrigado.

—¿Corazón? —preguntó él, todavía desconcertado.

Ha-eun asintió con un leve movimiento de la cabeza, su expresión entre decidida y reservada. Dijo cada palabra con esmero, como si tejiera un mensaje a partir de hilos invisibles.

—Sí... corazón. Tú... puedes entender

En ese momento, Max sintió un leve cosquilleo en el pecho, como si una corriente cálida vibrase en su interior. Era tan tenue como el roce de una brisa, pero tan presente como un recuerdo que vuelve. Se dio cuenta de que debía concentrarse en la forma en que ella hablaba, no solo con la voz, sino con algo más profundo. Y al hacerlo, como si un velo se deshiciera entre ellos, la comprensión comenzó a brotar. No de su mente... sino de otro lugar.

Una parte de él —la misma que había abierto los ojos en el Paramundo— empezó a captar lo que Ha-eun quería decir. Como si sus palabras llevaran una resonancia distinta, una vibración que no pertenecía del todo a este mundo.

—¿Ves? —prosiguió Ha-eun, esbozando una sonrisa de satisfacción—. Hay cosas del Paramundo que nos hacen entendernos más allá de las palabras.

Max parpadeó, desconcertado. ¿Cómo era posible? No estaban en el Paramundo... o al menos no del todo. Y sin embargo, algo de él seguía abierto, como si la puerta que cruzó no se hubiera cerrado por completo. El eco de aquel mundo —y de su propio interior— seguía latiendo en segundo plano, infiltrándose en la realidad cotidiana con pequeñas fisuras.

La idea de que Ha-eun también estuviera vinculada al Paramundo le resultaba desconcertante y, al mismo tiempo, inevitable. Antes de que pudiera hacer más preguntas, ella continuó:

—La nota que te dejé el otro día...

Max se irguió, recordando el papel arrugado.

—La que decía “Tienes que ir”. Era una señal para que acudieras al campo.

Max la miraba en silencio, luchando por encajar todas las piezas de la historia. ¿Cómo era posible que Ha-eun, de algún modo, también fuera parte de aquello? Su expresión reflejaba la intensidad de su asombro.

—Pero... ¿tú cómo sabes de todo esto? —preguntó, entre confuso y expectante.

—Mi familia y yo venimos de Corea del Sur, pertenecemos a la Corriente Asia Oriental. Mi abuela tuvo una visión sobre ti y nos dijo que era urgente que fueras al campo. Teníamos que estar cerca de ti, aunque no conocemos con exactitud el motivo —relató Ha-eun.

Max permaneció callado, asimilando esa revelación. La conexión de Ha-eun con el Paramundo, su familia y la visión de su abuela convertían la situación en algo aún más inmenso y complejo de lo que él había supuesto. Ha-eun prosiguió con voz suave, pero firme:

—Las corrientes son fuerzas que todos seguimos en el Paramundo, como un linaje o herencia que nos une a ese mundo. Nosotros, los de la corriente de Asia, sentimos que debíamos estar aquí. No sabemos cuál es la conexión, pero presentíamos que era importante.

Max abrió la boca para preguntarle más al respecto, pero de pronto un ruido los interrumpió. Ambos se giraron y vieron a Nora, que los observaba desde el otro extremo del patio, con una mirada incisiva y desconfiada. Al percatarse de la incomodidad de Max, Ha-eun le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—Nos vemos luego, Max —dijo antes de alejarse, sin dar a Nora la ocasión de acercarse.

Max se quedó solo, mientras el eco de las palabras de Ha-eun seguía retumbando en su cabeza. Sentía que cada nueva revelación lo sumía en más incógnitas, y la continua presencia de Nora no hacía sino aumentar su incertidumbre.

Al terminar el día, cuando Max se disponía a salir del colegio, Nora se le aproximó con una expresión enigmática y unas palabras cargadas de una ambigüedad inquietante.

Nora no apartaba la mirada de él.

—Veo que tienes nuevos amigos, Max. Es curioso cómo ciertas personas siempre se atraen, ¿no crees?

Max la observó, sintiendo cómo su incomodidad se mezclaba con una repentina sensación de alarma.

—¿A qué te refieres? —preguntó, sin disimular su desconfianza.

—Algunas personas... tienen un aroma especial. Un aroma dulce que solo ciertos individuos pueden detectar —respondió Nora, esbozando una sonrisa ambigua—. Ahora tú desprendes ese aroma, Max. Ha-eun también lo tiene.

—Por eso la sigo.

Un escalofrío recorrió a Max. La idea de que él y Ha-eun pudieran “oler” de cierta manera lo perturbaba, y comprendió que el Paramundo también implicaba un peligro permanente.

Nora se inclinó ligeramente hacia él, con una mirada penetrante.

—Yo también tengo ese aroma, ¿no lo hueles? —preguntó, con un tono que oscilaba entre lo burlón y lo sincero.

Max, sorprendido, comenzó a percibir un dulce aroma a flores, una fragancia que no lograba identificar por completo. Era suave, pero persistente, como si se hubiera impregnado en el aire a su alrededor.

—Desde el momento en que alguien accede al Paramundo por primera vez, este aroma lo sigue para siempre.

Nora lo explicó con voz serena, cargada de significado

—Pero solo será reconocido por aquellos que comparten la misma revelación.

Max frunció el ceño, intentando asimilar lo que Nora le decía. El aroma, aunque agradable, le resultaba inquietante. Era como si el Paramundo lo hubiera marcado de una manera que no podía borrar.

Nora, notando su agitación, adoptó un tono desenfadado:

—Ten cuidado con quién ve tus habilidades. No todos muestran su verdadera cara. Ha-eun, por ejemplo, parece inofensiva, pero... ¿estás seguro de saber quién es?

Antes de que Max pudiera responder, Ha-eun apareció a lo lejos y, al percatarse de lo que ocurría, se acercó para situarse a su lado, afrontando a Nora con aparente calma.

Fue entonces cuando Max sintió una brisa helada a su alrededor y, casi sin percibirlo, volvió a encontrarse en el Paramundo. La niebla se disolvió, revelando a Nora y Ha-eun preparándose para un enfrentamiento en aquel universo alterno.

Sin saber exactamente cómo, Max intuyó que ambas se disponían a pelear, y su propia perplejidad lo dejó paralizado. Las dos alzaron las manos, canalizando una energía de viento que se arremolinaba alrededor de sus dedos.

Nora habló primero, con voz firme y retadora:

—No lo escondas, Ha-eun. Tú sabes tan bien como yo...

Nora alzó ligeramente el mentón.

—... que el Paramundo tiene sus reglas, y algunos estamos destinados a cumplir un propósito.

Ha-eun no se inmutó, pero su tono sonó inusualmente grave:

—Max no es alguien a quien puedas manipular, Nora. Él es libre de encontrar su propio camino, sin interferencias.

Max, atrapado entre ellas, no sabía qué pensar. Cada frase que pronunciaban lo confundía más, y la hostilidad creciente llenaba el ambiente de tensión.

El aire empezó a girar con violencia en torno a Ha-eun y Nora, mientras Max notaba cómo la temperatura descendía con cada ráfaga de viento. Polvo y hojas se alzaban en espirales, nublando la vista como si el propio Paramundo las contemplara en un silencio expectante.

Nora elevó la mano con una mueca desafiante y lanzó una ráfaga de viento dirigida a Ha-eun. La fuerza era tan intensa que el aire silbó con agudeza. Ha-eun apenas esquivó el impacto, retrocediendo un paso mientras su propia energía comenzaba a arremolinarse.

—¿Qué pretendes, Ha-eun? —soltó Nora con una sonrisa torcida al disparar otra ráfaga de viento que hizo tambalearse a Max—. ¿Hacerte pasar por la amiga inofensiva de Max? Bien sabes que la corriente asiática sigue sus propias normas.

Ha-eun se mantuvo firme, aunque sus ojos denotaban determinación.

—Max tiene su propio destino, y no eres tú quien debe elegirlo, Nora.

La embestida de Ha-eun surcó el aire en una onda de viento afilada, dirigiéndose a Nora de forma certera. Ambas corrientes chocaron, generando espirales opuestas que retumbaron en los oídos de Max y lo obligaron a cubrirse el rostro, mientras el viento formaba un torbellino entre ellas.

—¿“destino”?

Nora rio con amargura. Alzó las manos y otra oleada de viento partió levantando una nube de polvo y hojas.

—¿Es eso lo que le cuentas para ganarte su confianza? Pobre Max, atrapado en tus mentiras de corrientes y profecías.

Max quiso interponerse, pero las palabras se le atragantaron al presenciar la ferocidad del enfrentamiento. Sentía las ráfagas de viento chocar unas contra otras, generando una presión casi asfixiante. Cada colisión era como el eco de una antigua rivalidad. Finalmente logró gritar, aunque su voz no era más que un murmullo en mitad del vendaval.

—¡Basta! ¡No tiene sentido!

Ninguna de las dos le prestó atención. Ha-eun se impulsó hacia delante, rodeada de vientos que daban vueltas a su alrededor en espirales cada vez más cerradas. El suelo vibró bajo los pies de Max mientras Ha-eun disparaba una corriente que zigzagueó hasta Nora, retrocedió un paso, y un rastro de aire cortante quedó en el aire.

Nora reaccionó con rapidez, levantó ambas manos y proyectó un escudo de viento que desvió el ataque hacia los lados. Polvo y hojas volaron en todas direcciones, golpeando a Max, quien retrocedió con el rostro cubierto ante la fuerza de ambas.

—¿Así piensas protegerlo?

Ha-eun, impassible, inspiró hondo y el viento a su alrededor se intensificó todavía más, generando un remolino de polvo y luz.

—No eres tú quien puede decidirlo, Nora. Max es libre, y no necesita tu sombra para encontrar su camino.

Ambas lanzaron una ráfaga al unísono. El choque de energías desató una onda expansiva que arrojó a Max hacia atrás. Sintió el golpe del viento, y una extraña sensación de calor y frío lo invadió al mismo tiempo. Las siluetas de Nora y Ha-eun se mezclaban en la bruma, como reflejos que se enfrentaban y separaban sin cesar.

Por fin, tras un breve pero intenso cruce de poderes, las dos figuras se desvanecieron y Max quedó inmerso en una confusión absoluta.

De pronto, la realidad volvió a girar. La niebla se disipó y Max se encontró sentado en el suelo del patio del colegio, con la tarde a punto de caer. Aún percibía el frío en la piel, y un sabor a aventura y misterio lo acompañaba mientras se encaminaba a casa, sabiendo que aquello era solo el comienzo de un enigma más grande. “¿Por qué tengo la sensación de que cada una me enseña una verdad distinta? ¿Cómo averiguar quién es honesta y quién juega conmigo?”, se preguntó en silencio.

Esa misma noche, lejos del bullicio del colegio y del recuerdo aún palpitante del enfrentamiento, Ha-eun permanecía sentada en silencio frente a una taza de infusión humeante. La casa estaba casi a oscuras, iluminada solo por una lámpara tenue que proyectaba sombras largas sobre las paredes cubiertas de fotografías antiguas y objetos traídos de su país natal.

Desde el rincón más profundo del salón, una voz rasposa quebró la quietud.

—¿Has usado ya el viento? —preguntó la abuela, sin girarse.

Ha-eun no respondió de inmediato. Observaba el vapor danzar sobre la taza, como si esperase que las volutas le revelaran alguna respuesta. Finalmente, asintió con suavidad, aunque su gesto fue imperceptible en la penumbra.

—Era necesario —murmuró—. Pero algo no está bien. Él... Max... está atrapado entre fuerzas que aún no comprende.

La anciana giró lentamente la cabeza. Sus ojos, pequeños y hundidos, brillaban con una sabiduría antigua y una tristeza contenida.

—Hoy no lo comprenderás, niña. Pero esta familia se sacrificará por esta lucha. Está escrito. Es el destino.

Ha-eun frunció el ceño, incómoda. La palabra *sacrificio* pesaba demasiado. En su pecho se agitaba una inquietud que no sabía cómo nombrar.

—¿Y si no quiero ese destino? ¿Y si hay otra forma?

La abuela se levantó con esfuerzo, envuelta en su batín de algodón bordado con símbolos ancestrales, y colocó una mano sobre el hombro de su nieta.

—Hay cosas que uno no elige, Ha-eun. Pero sí puedes elegir cómo vivirlas. Eso también está en ti. Solo recuerda esto: no todos los que parecen enemigos lo son... y no todos los aliados permanecen fieles.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, como un presagio. Ha-eun bajó la mirada. Algo dentro de ella se tensó, como si una grieta invisible se abriese, muy despacio.

Mientras tanto, en el silencio de la habitación contigua, un pequeño amuleto que colgaba de una pequeña repisa de madera tallada, comenzó a vibrar con suavidad, movido por una brisa que no venía de ninguna ventana abierta.

Capítulo 4

Luz Blanca

El aire fresco del patio de su casa envolvía a Max mientras disfrutaba de su día libre. Era sábado, y después de una semana intensa, llena de revelaciones y de emociones extremas, el simple hecho de no tener que ir al colegio le aportaba una paz inesperada. Con Mateo, su hermano pequeño, jugando a poca distancia, Max se permitió relajar su mente por un instante, dejando atrás la intensidad de los últimos días. Seguía recordando aquel mundo maravilloso, Alec, las misteriosas referencias en el Paramundo y el enfrentamiento entre Nora y Ha-eun. Había recibido tanta información y vivido experiencias tan profundas, que apenas lograba asimilarlo todo.

Mientras contemplaba a Mateo, quien trataba de atrapar las burbujas que Max soplaba para él, sintió una auténtica sensación de calma. Mateo balbuceaba alegremente, soltando carcajadas cada vez que alcanzaba con sus deditos alguna de las burbujas flotantes. Su risa era contagiosa, y Max se sorprendió sonriendo, dejando que aquel sonido infantil se alojara en su memoria. Por un momento, todo parecía normal, y él agradecía esos minutos en los que nada extraño o sobrenatural irrumpía en su cotidianidad. Eran un refugio en medio del torbellino de descubrimientos que lo rodeaba.

En plena diversión, escuchó un susurro suave y casi imperceptible, parecido al viento rozando las ramas de los árboles cercanos. Max se detuvo, agudizó el oído y volvió a oír el murmullo, ahora con más nitidez: la voz de Alec, llamándolo.

Un cosquilleo de excitación y ansiedad le recorrió el cuerpo. Necesitaba aprender más, pero también notaba que, con cada paso hacia el Paramundo, se alejaba un poco de la realidad que conocía. Buscó rápidamente una excusa para marcharse sin despertar sospechas.

—Voy al campo un rato, mamá, volveré pronto —anunció Max con voz despreocupada.

Su madre, ocupada en la cocina, apenas le dedicó una seña de aprobación. Max lanzó una última mirada a Mateo, que lo observaba con ojos curiosos. Salió de la casa a toda prisa. El corazón se le aceleraba entre la expectación y los nervios.

El camino hacia el campo era corto, pero durante el trayecto Max no dejaba de pensar en las palabras de Alec sobre el Paramundo y la responsabilidad que implicaba. ¿Qué significaba, exactamente, tener acceso a un mundo tan enigmático? Y, todavía más inquietante, ¿por qué él?

Al llegar al campo, oyó de nuevo la voz de Alec, más próxima y clara que antes. Le recordaba el método del Eco interior: concentrarse y permitir que sus emociones lo guiaran. Max cerró los ojos, inhaló profundamente y dejó que su mente se sumergiera en los recuerdos dolorosos que acechaban en su interior. Tal como había aprendido, evocó momentos de discusiones y tensiones en la cocina de su casa, el eco de palabras duras y miradas crispadas que lo hacían sentir insignificante. Un escalofrío le recorrió la espalda al evocar aquellas escenas; percibía cómo cada recuerdo, por doloroso que fuera, abría una puerta hacia una conexión más profunda.

Mientras revivía estos episodios, su corazón palpitaba con fuerza y una energía inusual comenzó a rodearlo, como si su dolor y su fuerza interior se fundieran en un solo impulso. Despacio, el ambiente cambió: el aire en torno a él se volvió más denso y sus emociones vibraron como un eco insistente. Al abrir los ojos, comprendió que había regresado al Paramundo, y que su capacidad de cruzar ese umbral dependía, en gran medida, de sus recuerdos y de la intensidad de sus sentimientos.

Esta vez, la transición fue más fluida.

Lo envolvía la atmósfera de misterio y belleza sobrecogedora del Paramundo. La vegetación allí brillaba con una vitalidad que Max jamás había contemplado en su mundo. Alec lo esperaba, con aquella sonrisa tranquila que parecía estar siempre en su rostro, como si supiera exactamente qué hacer para sosegar la ansiedad de Max.

Alec sonrió con serenidad.

—Cada vez te resultará más fácil acceder al Paramundo..

Max contemplaba el paisaje, absorto en la belleza que lo rodeaba. Le parecía asombroso que un mundo así pudiera coexistir con el suyo, se sentó junto a Alec..

—Ayer estuve aquí un momento con Ha-eun y Nora —comentó Max—. ¿Es normal que podamos vernos todos al mismo tiempo?

Alec lo miró con tranquilidad, percibiendo la inquietud en los ojos de Max, y respondió:

—Ahora que estás vinculado al Paramundo, tienes la capacidad de ver a otras personas que también acceden a este lugar. No todos pueden verse entre sí, pero quienes mantienen una conexión significativa —como tú— pueden percibir a otros que cruzan, incluso si lo hacen en momentos o por motivos distintos. Es como si vuestras emociones y experiencias sintonizaran, permitiéndote reconocerlos y verlos más claramente en este mundo.

Max asintió, entendiendo mejor las palabras de Alec, y sintió que sus dudas se iban aclarando. La idea de poder encontrarse con otros en el Paramundo le proporcionaba un sentimiento de pertenencia, aunque también despertaba en él una mezcla de curiosidad y cautela.

Mientras Alec hablaba, una bruma gris apareció de pronto a su alrededor. Max miró a través de ella y descubrió a Leo, su amigo, que estaba ensamblando el puente que habían planeado juntos. Sin embargo, Leo no parecía percibir ni a Max ni a Alec. Instintivamente, Max quiso llamarlo, pero Alec lo detuvo con un gesto firme.

—Él no puede verte, Max. Quienes no han cruzado al Paramundo no pueden percibirlo. Para Leo, simplemente no existimos en este instante.

Max se quedó pensativo, recordando cuando Leo había tratado de encontrarlo en el campo sin éxito. Ahora comprendía el motivo por el que su amigo no lo había visto, a pesar de estar en el mismo lugar.

A su alrededor, el Paramundo lucía todavía más radiante y lleno de vida que la vez anterior. Max reparó en el gigante de piedra que había visto días atrás. Antes apenas tenía algo de musgo, pero ahora estaba completamente cubierto de vegetación, como si la naturaleza lo hubiera abrazado.

Alec notó el asombro reflejado en el rostro de Max mientras este contemplaba la imponente figura, y, consciente de que el Paramundo seguía siendo un enigma para él, decidió explicarlo:

—Aquí, todo se renueva y embellece con el paso del tiempo —comentó, observando al gigante con una mezcla de reverencia y admiración—. Este lugar alberga una energía especial, una esencia que protege y transforma todo lo que roza. La vegetación, los colores... todo crece y evoluciona, como si el Paramundo tuviera un ciclo de vida propio.

Max escuchaba en silencio, dejando que aquella noción de renovación constante penetrara en su interior. Sentía que el Paramundo poseía una esencia cuidadora que, de algún modo, enaltecía cada elemento que lo componía.

Mientras caminaban, Alec continuó describiendo el funcionamiento de ese mundo.

—El Paramundo no funciona como el mundo real, donde hay límites y fronteras. Es un refugio para aquellos que llevan consigo un gran peso emocional. Quien ha sufrido en el mundo real puede hallar aquí un remanso para sus penas.

Max lo escuchaba atentamente, consciente de que, de algún modo, había sido atraído a este lugar por razones que aún no alcanzaba a entender. Alec continuó hablando con tono serio:

—Quienes logran acceder al Paramundo adquieren una responsabilidad, Max. No solo es un espacio de sanación, sino también un lugar que necesita ser protegido.

Mientras se internaban en el bosque de árboles colosales que parecían infinitos, Max recordó la conversación que había presenciado entre Ha-eun y Nora el día anterior. Hablaron de algo llamado “corriente”, y ese término intrigaba a Max.

—Ayer oí a Ha-eun y Nora mencionar algo sobre una “corriente”. ¿A qué se refiere?

Alec esbozó una sonrisa cómplice y acompañó sus palabras con un gesto afable.

—Ya descubrirás esa parte de la historia, pero no me corresponde a mí explicarla.

El bosque empezó a clarear, dejando ante ellos una planicie impresionante. Géiseres de colores luminosos brotaban del suelo, expulsando vapores en tonos azules, verdes y violetas que danzaban en el aire como un festival de luces en movimiento. Max lo contempló asombrado, percibiendo que el Paramundo era mucho más vasto y enigmático de lo que había imaginado.

Alec lo miró con solemnidad.

—Ha llegado el momento de que conectes con tu poder, Max.

Max asintió, y recordando el método del Eco interior, se sentó sobre una roca cercana, dispuesto a aprender. Alec le indicó que extendiera los brazos y mostrara las palmas hacia arriba.

—Esta vez, en lugar de centrarte en tus recuerdos, concéntrate en tus emociones. Tanto las positivas como las negativas —dijo Alec—. Aquí, las emociones son la fuente de poder. Son el canal que te permite acceder a la energía del Paramundo.

Max cerró los ojos y se concentró en sus sentimientos. Respiró profundamente, y dejó que su mente descendiera en el remolino de emociones que siempre parecían estar al acecho. Recordó los momentos de tensión en casa, las discusiones entre sus padres, el miedo que lo paralizaba cuando su padre alzaba la voz. Pero también evocó la alegría de jugar con Mateo, la risa contagiosa de su hermano y la sensación de paz que le daba estar en el campo, lejos de todo.

Al principio, solo notó un ligero cosquilleo en las puntas de los dedos, como si una corriente suave comenzara a fluir por sus manos. Poco a poco, esa sensación se extendió por sus brazos, subiendo hacia el pecho, donde se concentró en un punto cálido y vibrante. Era como si una luz interna se encendiera dentro de él, iluminando cada rincón de su cuerpo.

Alec lo observaba con atención, y sus ojos plateados brillaron con una mezcla de asombro y curiosidad, susurró casi para sí mismo, como si no quisiera interrumpir el proceso:

—Esto no es algo común...

Max, aún con los ojos cerrados, notó cómo la energía seguía expandiéndose. Ahora sentía que sus venas brillaban, como si la luz que emanaba de su interior se filtrara a través de su piel. Un resplandor tenue pero constante comenzó a envolverlo, iluminando su silueta contra la penumbra del Paramundo.

Cuando finalmente abrió los ojos, se quedó paralizado por lo que vio. Sus manos brillaban con una luz blanca y pura, como si fueran faros en la oscuridad. Las venas de

sus brazos resplandecían con un tono azulado, y su cuerpo entero parecía estar envuelto en un aura luminosa.

Max levantó las manos para examinarlas, con la voz temblorosa.

—¿Qué... qué es esto?

La intensidad de la luz lo deslumbró, y por un momento, sintió que el mundo giraba a su alrededor. La energía que fluía por su cuerpo era abrumadora, como si hubiera desatado una tormenta interna que no podía controlar.

—Es tu poder, Max —respondió Alec, con una mezcla de orgullo y cautela—. Pero tienes que aprender a controlarlo. No es aún tu punto de luz, pero estás rozando su origen. Es una señal de que tu interior está despierto... pero aún no has cruzado la Prueba que lo define.

Antes de que Max pudiera responder, perdió el equilibrio. La sorpresa y la intensidad de la energía lo hicieron tambalearse, y cayó de la roca en la que estaba sentado. Alec se apresuró a ayudarlo, pero Max ya estaba de pie, mirándose las manos con una mezcla de asombro y temor.

—No esperaba que fuera tan... intenso —dijo Max, tratando de recuperar el aliento.

—No te preocupes, Max. Esta es la forma más primitiva de poder en el Paramundo. Tus emociones aquí se convierten en fuerza, y controlar esa fuerza es el primer paso para dominar tu energía.

Max miró sus propias manos, que aún temblaban levemente. Recordó la lucha que presenció entre Alec y el gigante, y comprendió que ese poder, esa energía, era lo mismo que él acababa de sentir.

—¿Entonces lo que vi entre tú y el gigante era esto mismo? —preguntó Max.

Alec, con una mirada llena de serenidad, le ofreció el brazo para ayudarlo a recuperar la estabilidad, animándolo de forma implícita a mantener la calma.

—Exacto. Lo que contemplaste fue el control de las emociones y del viento, uno de los elementos que también aprenderás a manejar aquí.

Alec señaló el suelo.

—Mira.

Alec extendió un dedo hacia el suelo y, de pronto, un pequeño remolino de polvo comenzó a girar a su alrededor, incrementando su ímpetu hasta convertirse en un minúsculo torbellino que, al instante, se desvaneció.

Alec señaló el sol del mediodía.

—Con el tiempo, llegarás a dominar cosas como esta. Pero por ahora, ya se hace tarde. No querrás que noten tu ausencia en casa.

Comprendió que aún le quedaba un largo camino por recorrer. Mientras regresaban juntos, Alec le contó que algunas personas, incluso sin haber entrado al Paramundo, alcanzaban una pequeña parte de su poder.

—Hay quienes pueden mover objetos o cerrar puertas con ayuda del viento, aunque lo hagan de modo inconsciente. Acceden tan solo a la forma más básica de la energía, porque no conocen el Paramundo. Para ti, esto es solo el comienzo.

Escuchaba fascinado, reteniendo cada palabra mientras volvían al mundo real. Al llegar a casa, era la hora de la comida, y notó en la mirada de sus padres un atisbo de sorpresa, como si percibieran algo diferente en él, pese a ignorar el motivo.

Aquella tarde se encerró en su habitación, intentando asimilar todo lo aprendido. Rememoró cada detalle del Paramundo, de Alec y del duelo entre Nora y Ha-eun. Sabía que su vida no volvería a ser la misma y que, aunque el miedo lo rondaba, también lo emocionaba descubrir ese poder incipiente que latía en su interior.

Mientras el sol se ocultaba y la noche tendía su manto, contempló el horizonte a través de la ventana, evocando las palabras de su mentor sobre las emociones y la energía. El camino era incierto, sí, pero sentía que había nacido para recorrerlo.

© Maxi Miucci – Muestra gratuita